

CAPITULO XLII.

DESTIERRO.

Ese proyecto de acusacion corrió borrasca como dije antes, pues aunque pagué porque fuera entregado el pliego á los secretarios de la Cámara de Diputados, estos probablemente le dieron carpetazo en vista de los acontecimientos posteriores, tanto más, cuanto que la apertura de las Cámaras, acababa de verificarse con grandes apuros, por las dificultades que presentaba la revolucion, estendida ya por todas partes; y todos los amigos del gobierno se sentian como puestos sobre el cráter de un volcan.

Se habian tenido varios encuentros en que las armas del gobierno resultaron vencidas: por el lado de Oaxaca y Puebla se mantenian invencibles los revolucionarios, y no se podia desatender la frontera del Norte, en donde se hallaba el general Diaz, porque por aquel rumbo se estaba esperando el principal ramalazo.

En aquel mismo dia en que recibí la poco fraternal comunicacion del C. Cayetano Gómez y Perez, subsecretario de Gobernacion, se me avisó que estuviera listo para dejar el calabozo á la hora en que se presentara un ayudante de la Inspeccion de Policia con a correspondiente orden escrita y entonces me apresuré á recojer una pequeña maleta de viaje que estaba depositada en la alcaidía en la cual debia encontrar mis fondos, una pistola de bolsa y las baratijas que me habian enviado de mi casa cuando se trataba de hacer la excursion para Cuernavaca, ó como si dijéramos, para el otro mundo.

Poco me preocupaba aquella maleta ante la idea de que mi tal viaje iba á ser demasiado corto; pero cuando ya se trataba de vivir, segun todas las probabilidades, aunque en un suelo extranjero, que no sabia aun cuál iba á ser, acudí á formar un inventario de mis propiedades y me encontré con que mi petaca habia sufrido un fuerte reconocimiento, habiéndose extraido de ella el dinero, la pistola y algunas otras menudencias. Lo que más sentia era el dinero porque era el que más necesitaba para poder ponerme en marcha.

—En fin, me decia en mi interior consolándome, lo que importa es salir de aquí, que al cabo no han de ser tan crueles que no me dejen dos ó tres dias para poner en orden mis negocios y para proporcionarme recursos.

Las horas de la tarde que trascurrian entre tanto, me parecian una eternidad: entró la noche mas negra

y mas triste que nunca, sin que nadie se presentara. Iba ya á meterme en el lecho creyendo en una perfidia ó en que mi excarcelacion se diferia, cuando se presentó el alcaide diciéndome que podia salir con todo lo que quisiera llevarme. Cargué solo con mi balsa en que estaban mis papeles y otras cosas de las más precisas y salí sin decir adios á mis compañeros porque todos estaban encerrados, tal vez durmiendo.

Solo me despedí de aquellos hediondos corredores, arrojando sobre las sucias paredes una mirada de despecho.

Salí á la calle, respiré á plenos pulmones, subí á un carruaje en donde estaba arrellenado el oficial que debia conducirme y le dije alegremente luego que me hube instalado:

—Vamos!

En el Gobierno del Distrito estaba el secretario, persona muy amable y muy digna, que me recibió como siempre con bondad y me dijo que me sentara mientras redactaba el acta que debia yo dejar firmada. Esta aunque muy extensa, contenia solo generalidades y nada que me humillara ni envileciera. A nada me comprometia más que á no volver durante mi destierro al país y por consiguiente á no intentar unirme con la revolucion ni en mi tránsito á Veracruz ni por otra parte, so pena de comprometer á mi fiador, y faltar á mi lealtad de caballero que quedaba empeñada.

—Está bien, está bien, decia en mi interior, dentro de un año todavía estará en pié la revolucion, quizás

mas llena de vida que ahora y entonces tomaré mi revancha.

A las once de la noche llegué ya libre á mi casa y á las doce tenia que tomar el tren de Veracruz, así es que me faltaba el tiempo no ya para arreglar mis asuntos, pero aun para disfrutar una hora en el hogar tranquilamente.

Cuando pensaba en los recursos que me acompañaban para hacer aquella incierta expedicion, sabia muy bien que podia llegar á Veracruz, pero de allí en adelante me contemplaba á mí mismo pidiendo un pasaje de limosna en cualquiera buque que se encontrara próximo para salir del puerto.

¿Qué importaba todo eso? Habia salvado la vida que era lo principal y la habia salvado milagrosamente.

Fuí acompañado á la Estacion por todos los míos, me acerqué al despacho de boletos á pedir uno de segunda....

—El tren no sale, me dijo el empleado.

Como si no hubiera oido bien le hice repetir su noticia.

Le pregunté la causa y me contestó:

—Destruyeron un puente los pronunciados, que ocupan ya una gran parte del camino.

Me volví á mi hogar no sé si más contento que pesaroso.

Desde las ocho de la mañana del dia siguiente me instalé en el gobierno del Distrito, y cuando llegó el Gobernador á las diez me le presenté diciéndole:

—Ya sabrá vd. que no salió el tren anoche?

—Ya lo sé, me contestó con mal talante.

—¿Debo presentarme de nuevo en Belem?

—Vuelva vd. mañana y permanezca en su casa mientras resuelve el Presidente.

Resolvió aquel primer Magistrado que podía estar-me esperando en mi casa á que se compusiera el camino, que debía ser pronto.

Se pasaron dos semanas que me sirvieron de un buen respiro, pues que pude imprimir algun arreglo en mis negocios que de otra suerte dejaba totalmente abandonados y además me proporcioné un poco de dinero para los gastos de aquel viaje forzoso.

Dejé todavía trascurrir otros tres ó cuatro días, creyendo que se les habia olvidado aquel negocio, pero el dia último de Abril me mandó llamar el Gobernador y me previno con palabras destempladas que saliera inmediatamente.

El *Padre Cobos* seguia publicándose y esto era lo que no les agradaba.

—Señor, le dije, solo por ver la cara que ponía, el vémito está haciendo destrozos en Veracruz, ¿no podriamos dejar que pasara el mal tiempo?

—En la guerra como en la guerra, me contestó.

—Además... dicen que está eso lleno de pronunciados.

Me dirigió una mirada feroz; no quise ya seguir jugando con lumbre y agregué:

—Ofrezco á vd., sin embargo, suceda lo que suceda, salir esta misma noche.

Me despedí por fin de aquel hombre, sin haberle llegado á observar en lo poco que pude tratarlo ni un rasgo de bondad ni un noble sentimiento.

Antes de abandonarlo para siempre diré, que no solo los presos de Belen que le debían el *mes y cuenta*, una especie de prision interminable de que los hacia víctimas, sino toda clase de personas lo veían con horror, siendo la opinion general que nunca habia tenido México un gobernante de más malas entrañas ni más odioso bajo todos respectos.

Inútil es decir que en ese puesto, como tantos otros, aseguró una regular fortuna.

El dia 2 de Mayo tomé pasaje en el vapor inglés "Lee" para la Habana. Era allí donde pensaba orientarme.

Al dirigirme al muelle encargué á un cargador mi petaca y como éste observó que pesaba me dijo:

—Si lleva vd. dinero se lo quitan en la Aduana.

El aviso no podia ser más desconsolador, porque en efecto llevaba allí todo mi capital compuesto de 300 pesos fuertes.

Ya no habia tiempo de tomar libranza ni de detenerme, y le dije que siguiéramos adelante.

Sucedió lo que temía: el empleado de la Aduana me hizo abrir el equipaje y lo primero que me preguntó fué esto:

—Lleva vd. dinero?

—Sí señor, le contesté con timidez.

Entonces empezó á sacar hasta cinco cartuchos de á 25 pesos.

—Lleva vd. más?

Como al preguntarme esto me veía á la cara, más me turbaba y yo contestaba tartamudeando:

—Creo que ya no.

Buscó y sacó más cartuchos. Luego tornó á preguntarme:

—Lleva vd. más?

Como veía que se me venía el mundo encima le dije lleno de resolucion:

—Soy Ireneo Paz, salgo desterrado del pais, no he tenido tiempo de proporcionarme más que este dinero que me servirá para no morirme de hambre por un poco de tiempo.....

—Eso debía vd. haberme dicho desde un principio, me contestó, cierre vd. su maleta y vaya con Dios. Aquí todos somos porfiristas.

Le estreché la mano con efusion y me dirigí al bote que debía conducirme al vapor.

La navegacion fué feliz. A bordo del buque celebré el 5 de Mayo que me cogió en alta mar, asociando á mis regocijos de expatriado á unos españoles que se habian hecho mis amigos.

En la Habana estaba haciendo estragos el vómito y no quise permanecer allí, sino que regresé á Veracruz en el vapor *City of México* que tocó en aquel puerto á los cinco dias. Estuve á la vista de Veracruz sin bajar á tierra y en seguida partí para Nueva Orleans. El capitán y los empleados, particularmente Mr. Lever, se empeñaban en que siguiera navegando á bordo del *City of México* el tiempo que yo qui-

siera para no ir á hacer gastos en poblacion alguna, y hubiera aceptado, si no me llevaran con más ahinco mis deseos de trasladarme á algun punto de la frontera americana para estar más al corriente de los avances de la revolucion en México. Ya sabia que el general Diaz habia ocupado el puerto de Matamoros el 2 de Abril y creia de mi deber ir á ayudar á mi causa aunque fuera desde el suelo extranjero con mis escritos ó con mis agencias.

Se embarcó en el mismo vapor el Sr. Ramon Guzman, uno de los más influyentes personajes de la Administracion, y habiéndonos hablado y entendido á bordo, nos hicimos los mejores amigos.

Entonces tuvo á bien darme las explicaciones que creyó convenientes respecto de mi prision, la cual dijo habia reprobado con todas sus fuerzas, y me explicó tambien que se ausentaba porque ya no estaba conforme con la política que estaba siguiendo D. Sebastian. Estaba entregado á D. Ignacio Mejía y contemplaba mucho á D. José María Iglesias, estos lo vendian y no queria entenderlo. El Sr. Guzman, le habia aconsejado á su amigo el Presidente que no insistiera en su reeleccion que le costaria muy cara y que en virtud de que no habia podido vencer su obstinacion, se habia resuelto á pasar uno ó dos años en Europa, para no presenciar la caida de aquella Administracion que él veia como inevitable.

Volvimos despues á encontrarnos en New-York y en Filadelfia, y me dijo que las noticias que habia recibido de México le confirmaban en su opinion de

que D. Sebastian estaba marchando ciegamente á su ruina.

En Nueva Orleans me instalé en el City Hotel, y el propietario al saber que era desterrado y periodista, me hizo la concesion de que pagara la mitad del precio mientras tuviera recursos, en la inteligencia de que no cesaria allí la hospitalidad cuando se me acabaran.

La suerte me protegía decididamente. Entre tanto que yo permanecía allí mi amigo Mr. Lever duplicaba mi pequeño capital en un negocio de comercio.

En esos dias, mientras estaba arreglando mi viaje para Brownsville, en donde pensaba establecerme, supe el desastre de Icamole y poco despues estuve á bordo del mismo *City of México* en donde el general Diaz habia tomado pasaje favorecido con un disfraz. Mi objeto al ir allí habia sido conseguir pasaje á mitad de precio para un mexicano de apellido Viezca que carecia totalmente de recursos para regresar á la patria. El general Diaz me reconoció, pero como no sabia que estaba allí accidentalmente, se reservó para descubrirse despues en la travesía.

¡Cuán agenos estábamos ambos de lo que iba poco despues á pasarle!

Regresé al hotel y estaba allí almorzando tranquilamente cuando se sentó en frente de mí un jóven mal vestido que por el acento conocí que era español. Le serví de intérprete para que le sirvieran, me lo agradeció y me contó que acababa de llegar de la Habana, que su apellido era Cacina, que estaba emplea-

do en la administracion militar, que se le perseguia por el gobierno de su país, que poseia una fortuna en Nueva York, pero que por de pronto carecia de dinero.

Yo me hice esta pregunta muy natural: ¿será este un caballero de industria?

No acababa de pensarlo cuando me dijo:

—Cuánto tiene vd. por allí que me preste?

—Obra de Dios, me dije interiormente y sacando mi catera agregué:

—Tengo sesenta pesos, disponga vd. de ellos.

Yo mismo lo acompañé al telégrafo, en donde pidió por medio de un mensaje á Nueva York mil pesos y con el resto compró sombrero y algunas piezas de ropa que necesitaba.

Por la noche volvimos á reunirnos en el comedor, y cuando fuimos á la oficina del telégrafo, estaban allí los mil pesos que habia pedido.

Me pagó luego y en seguida me manifestó que, no pudiendo ir él á Nueva York, deseaba darme un poder para que yo le recogiera veinte mil pesos que tenia depositados en una casa de comercio.

Un acto sencillo de confianza lo pagaba con otro que no tenia nombre.

Fuí á Nueva York, recojí el dinero y cuando le entregué el paquete de veinte billetes de mil pesos, me dijo dejándome uno entre las manos:

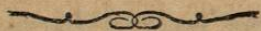
—Es vd. un hombre honrado.

No quise aceptar más que \$200 que era todo lo que necesitaba para dirigirme á Brownsville y por-

que mis agencias no valian más. En cambio me llevó á la Exposicion de Filadelfia y á varias ciudades principales de los Estados Unidos, alojándonos en los mejores hoteles, en donde nos trataban como á príncipes. Cuando nos despedimos Cacina y yo en la Estacion del ferrocarril de Pensylvania, ambos derramamos una lágrima. Nos habiamos hecho muy buenos amigos.

De regreso á Nueva Orleans me encontré allí á mi amigo Luis Curiel que venia de Matamoros é iba á incorporarse con el general Diaz. Hicimos juntos algunas diligencias de importancia en favor de la revolucion y en seguida nos separamos embarcándonos él para la Habana y yo para la punta de Santa Isabel con mi idea siempre fija de irme á establecer en Brownsville, á donde llegué en los primeros dias de Agosto.

En el siguiente capítulo, último de esta obra, diré cuál fué el desenlace de la revolucion de Tuxtepec, última tambien, al menos son mis deseos, en la República Mexicana.



CAPITULO XLIII.

CONCLUSION.

En Brownsville, que es lo mismo que México, principalmente en tiempo de revolucion en que se refugian allí tantos mexicanos, me establecí desde luego como en mi propia casa, en la de uno de mis amigos. Allí estaba Jesus G. Dena con una imprenta publicando su *Progreso*, y desde luego me hice cargo del periódico dándole el impulso que era posible en tal situacion. Las plazas principales estaban en poder del enemigo y nuestros correligionarios andaban un poco mal parados en todas direcciones, á consecuencia de la derrota sufrida por el general Diaz en Icamole y de haber sido abandonada la plaza de Matamoros por el general Gonzalez. En esta última se encontraba de guarnicion el general Revueltas, en Monterey el general Fuero y solo en C. Victoria se encontraba el general Canales, organizando una pequeña fuerza